

ESTANCIAS DE SOLEDAD, por *Mila Oyarzún*. Editorial Tegualda, Santiago, 1946

El vivero de imágenes que es la poesía de hoy para muchos de sus cultivadores, no ha conseguido—y creo que nunca lo conseguirá—certificar, como tantos lo desean, la muerte sin resurrección de la poesía grande, emotiva, humana, que ha salvado los siglos en los labios trémulos de los hombres.

Si la imagen bien hallada y sugerente embellece, sin lugar a dudas, el poema, y demuestra el vuelo lírico y la sabiduría técnica del poeta, la repetición fastidiosa de esos «hallazgos rebuscados»—verdadera peste en la obra de los vanguardistas de más renombre—no hace sino encubrir una dolorosa miseria poética, y apenas si logra embaucar a algunos ingenuos de cultura muy escasa.

«Estancias de soledad», el libro de Mila Oyarzún que acaba de aparecer, adolece, en no pequeña parte, de lo que he afirmado. Como si quisiera rendir también su tributo a la moda imperante, enfila imágenes tras imágenes, y acalla, equivocadamente, la voz fina de su temperamento de poeta.

En «Orden del corazón» hay esta muestra palpable:

Más allá del cuchillo que se tiñe en la sangre,
de la ciudad de espejos suspendida entre lágrimas,
de la estrella flotante que columpia a los ángeles
y de la aurora rosa de todas las infancias.

Donde la hebra del tiempo se rompe en el abismo
y es un área de mármol el volumen del sueño,
y arpegios de colores acallan sus latidos
y del viento se quedan los párpados abiertos.

En las estrofas citadas, más que una firme entonación lírica, queda en evidencia un afán de complicación, una huída premeditada de la sencillez, tal vez creyendo, y equivocándose, que la belleza sólo puede existir y exhibirse cuando se la adorna de miriñaques y abalorios.

En los ocho versos transcritos no hay el más debil asomo de sensibilidad, y sólo se ha aplicado en ellos la receta de algunos falsos innovadores en boga que mal emplean su talento en tejer la red, ya poco novedosa, de lo estrafalario.

Cuando Mila Oyarzún deja fluir su canto armonioso, olvidándose de que más de alguno logró cierta nombradía con el continuo manejar de conceptos sin sentido, y resiste a la tentación de allegarse a los que, aparentemente, triunfan, da notas tan sentidas como esta:

ÚLTIMA SOLEDAD

Mi juventud se ha ido en un surco de espumas:
detrás de las estrellas o en alas de las rosas,
cercenando tu nombre en colinas de bruma
y bebiendo el silencio vegetal de las cosas.

Mecí al hijo en la sangre que no florecería,
agoté el agua triste de mi sed de ternura;
vibró toda mi carne como llama sombría
al fluir por mis venas soles de levadura.

El dolor me ciñó sus agujas de frío
tras de quebrar la risa los rayos de su rueda.
Me entregué a los caminos y ninguno fué mío...
¡Y es soledad vencida todo lo que me queda!

El poema «Insomnio», lleno de sugerencias en la maestría de su forma, me da también la razón cuando afirmo que Mila Oyarzún ha falseado, en muchos casos, su temperamento, haciendo concesiones a posturas líricas que dejarán muy escasa huella en la historia de la poesía.

Ni aconsejador ni crítico; pero, sí, el buen lector que hace notas marginales a cuanto libro llega a sus manos, y cae, en ocasiones, en el pecado muy perdonable de darlas a la prensa.—
CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.